

Entre la esperanza y la incertidumbre

Gonzalo Gómez Bengoechea

América Latina se mueve entre la esperanza y la incertidumbre. La habitual heterogeneidad de la región se ha visto iluminada por varios puntos brillantes en los últimos años: un crecimiento económico dinámico, el debilitamiento de los populismos, los avances por la paz en Colombia...

Sin embargo, desde finales de 2016, los retos y los desafíos han comenzado a oscurecer el horizonte de manera reseñable.

Desde el punto de vista económico, América Latina se encuentra atrapada entre dos grandes potencias: Estados Unidos y China. La previsible expansión de la economía norteamericana, derivada de los planes de estímulo proyectados por la Administración Trump, debería impulsar a la Reserva Federal a continuar con las subidas de tipos ya en marcha. Este hecho asentaría el ciclo de dólar fuerte en el que nos encontramos actualmente y encarecería la deuda de los países latinoamericanos. Desde el lado chino, la ralentización del país está frenando la demanda de exportaciones y ralentizando el crecimiento vía sector exterior. La región enfrenta, además, el reto de crecer en un entorno de *commodities* relativamente baratas, con un sistema financiero fragmentado y con la globalización en tela de juicio.

Desde el punto de vista político, la corrupción es la principal amenaza. No tanto por su tamaño o por la importancia de los casos en sí, sino por la pérdida de poder que genera en los partidos políticos. Los casos de Brasil y México así lo atestiguan. El debilitamiento de los partidos tradicionales abre la puerta al surgimiento de figuras populistas que podrían traer al presente políticas económicas heterodoxas casi desterradas. Junto a este problema, el enfriamiento de los acuerdos comerciales internacionales (TPP, NAFTA...) limita la importancia estratégica de la región y aleja una de sus principales fuentes de crecimiento y rentas. Sin un buen comportamiento económico, los problemas de corrupción tienden a acrecentarse en la mente de los votantes y a diluir el "pegamento social".

Así pues, con este contexto en mente, ¿hacia dónde debe mirar América Latina? ¿Debe tratar de atraer a Estados Unidos hacia los viejos consensos comerciales o debe abrazar a los nuevos *players* pro-integración internacional, como China o Rusia? Existe un amplio consenso entre los analistas en que quizá estemos ante la ocasión ideal para impulsar de manera decisiva la integración regional de manera independiente. Por primera vez en años existe el consenso político necesario para profundizar y actualizar los acuerdos comerciales entre un buen número de países. El comercio internacional ha sido, y es, una fuente de crecimiento fundamental en la región. Si el resto del mundo se cierra a él, los países de América Latina deben potenciarlo y facilitarlo entre sí. La simplificación de normas y el abaratamiento de los costes de transporte favorecerían el desarrollo e impulsarían el crecimiento. Con ellos, los riesgos económicos exteriores se suavizarían y las políticas populistas perderían su espacio electoral y social. No se puede fiar todo a la recuperación del precio de las materias primas.